

oro y plata, vestirse de telas finas en la corte y usar exquisitas fajas, diferentes de las que llevaba el pueblo, cosa que á los soldados les estaba prohibida mientras no hubiesen alcanzado algun ascenso por sus acciones. Además de los trajes que servian para distinguir á todos los que desempeñaban algun cargo militar, habia otro llamado *tlacatziuqui*, que se destinaba á los valientes jefes que, en los momentos críticos en que entraba el desaliento en las filas, animaban á sus soldados haciéndoles entrar de nuevo y con mas brío en el combate.

Todos los grados del ejército estaban reservados á la nobleza.

El reclutamiento del ejército era sencillo, puesto que se derivaba del principio de que todo hombre que podia manejar las armas, estaba obligado á pertenecer á él.

Los jefes y señores feudatarios estaban obligados á suministrar un número de tropas, á cuya cabeza marchaban ellos, siempre que el monarca lo exigia.

Respecto del rey, el fausto con que marchaba á campaña era notable.

No existiendo caballos ni animal ninguno que pudiese conducir á un hombre encima, el rey era llevado en lujosas andas adornadas de oro y de pedrería, en hombros de sus nobles, que se iban remudando de cuatro en cuatro en distancias convenidas. La armadura que vestia, presentaba además de la consistencia y la belleza, el lujo y la riqueza. Encima de esta armadura de un trabajo exquisito, ostentaba unas insignias especiales que denunciaban su ilustre categoría: ricos brazaletes llamados *matemeatl*, con profusion de figuras de oro y pedrería adornados, cubrian la mitad de

sus brazos, y brillantes pulseras nombradas *matzopeztl*, ostentando profusion de piedras preciosas, adornaban sus muñecas. Para evitar que una flecha ó el golpe de una piedra dirigida por certera honda le hiriese una pierna calzaba lujosos borceguies, *cozehuatl*, cubiertos de láminas delgadas de oro; una valiosa cadena ó collar, tambien de oro, que se conocia con el nombre de *cozcapetlatl*, adornaba su cuello; en el labio inferior llevaba una esmeralda engarzada en oro, cuyo nombre particular era *tentell*: vistosos pendientes, llamados *nachotli*, tambien de oro y de esmeraldas, colgaban de sus orejas; y en la corona que cubria su cabeza, y que tenia, como he dicho anteriormente, la forma de una mitra, ondulaba al halago del viento, un lindo penacho de brillantes plumas que le caian sobre la espalda, y que era conocido con el nombre de *cuachictli*.

Todas las naciones de Anáhuac ponian cuidadoso esmero en que las insignias diesen á conocer inmediatamente la categoría de las personas, y muy especialmente en los momentos de una batalla.

Las armas así ofensivas como defensivas que usaban los mejicanos y los diversos reinos establecidos en aquella region, eran varias, y muchas de las primeras muy temibles. El arma defensiva de que iban provistos nobles y plebeyos, jefes y soldados, el ejército entero en fin, era el escudo llamado *chimalli*, cuya forma variaba segun el gusto del que los hacia, pero que generalmente era redonda.

Nada podia darse mas pintoresco que el traje de los guerreros de superior graduacion. Llevaban gruesas cotas

de algodón acolchadas, llamadas *ichcahuepilli*, impenetrables á la aguda punta de la flecha de los indios, á la vez que ligeras para evitar la fatiga en las marchas. Encima de estas cotas que defendian el pecho y la espalda, se colocaban otra armadura que les cubria además la mitad de los brazos y de los muslos. Los jefes principales y los señores, cifrando su mayor placer en la brillantez y riqueza de sus arreos militares, ostentaban corazas hechas de láminas delgadas de oro y plata, y lujosas capas de exquisitas plumas sobre los hombros. Para resguardar la cabeza como resguardaban el cuerpo, la metian en yelmos de madera que imitaban las cabezas de animales feroces, como el leon, el tigre, la pantera ó la serpiente, con la boca abierta y enseñando los dientes, infladas las narices y centellantes de ira los ojos, con el objeto de inspirar terror en los contrarios. Encima de estos espantosos yelmos pintados todos de los mas vivos colores, llevaban grandes penachos de preciosas plumas, para aumentar así notablemente la estatura y realzar al mismo tiempo la persona. Los escudos que empuñaban con gracia en su mano izquierda, eran hechos de láminas delgadas de oro, de plata ó de bronce, de grandes conchas de tortugas, guarnecidas de algun rico metal, y no pocas veces de cuero de venado, de leon, de tigre, y de ricas telas cubiertas de resinas elásticas y adornadas de oro, plata y esmeraldas.

Como no habia uniformidad en el tamaño de los escudos, y cada individuo, como he dicho, lo mandaba hacer á medida de su gusto, habia algunos con los cuales el guerrero se cubria todo el cuerpo durante el combate, y que cuando avanzaba, retrocedia ó marchaba, lo doblaba por la mitad

y lo colocaba debajo del brazo. Estos colosales escudos eran hechos de tela y materias resinosas elásticas.

Para los simulacros de guerra, pero de ninguna manera para las batallas, usaban los nobles, escudos muy pequeños y vistosos, adornados de escogidas y brillantes plumas.

Para poder distinguir unas compañías de otras, los nobles y los oficiales llevaban una insignia especial que evitaba toda equivocacion.

Los soldados iban desnudos, sin mas vestido que una faja que usaban para cubrir sus pudencias; pero se pintaban el cuerpo de diversos y vivísimos colores, imitando el traje que mas les agradaba. Los escudos que llevaban eran de unos palos flexibles y duros á la vez, llamados *otatli*, ó bien de cañas igualmente sólidas y flexibles que se sujetaban con hilo muy grueso de algodón, cubriéndolos de plumas, conciliando así la suficiente resistencia con la ligereza.

Las armas ofensivas que usaban, y en las cuales se manifestaban altamente diestros, pues estaban enseñados á manejarlas desde la niñez, eran la espada, la maza, la honda, el arco, la flecha, la lanza, la pica, el dardo y la vira (1).

Los arcos, que eran de una madera fuerte y elástica, los usaban generalmente muy grandes, y habia muchísimos cuya cuerda hecha de nervios de animales y de pelo de ciervo, hilado, tenian cinco piés de largo. Las puntas de las flechas eran de agudo y duro pedernal, ó

(1) Se da el nombre de vira á una especie de saeta delgada y de punta muy aguda: se la llamó así, de *vis*, por la mucha fuerza con que se arrojaba.

de *itzli*, de hueso muy afilado, ó de alguna espina fuerte y gruesa de enormes peces. Su puntería era certera, y rara vez se desviaba la flecha del punto á donde habia sido dirigida. La misma seguridad y destreza manifiestan hasta el dia en el manejo de esa arma, las tribus salvajes de indios que habitan junto á las fronteras de la actual república mejicana, y en cuyos pueblos fronterizos suelen hacer algunas irrupciones.

El dardo mejicano, llamado *tlacochtli*, no se diferenciaba de la flecha sino en que se arrojaba atado con una cuerda para poderlo arrancar despues de haber herido al contrario mientras las flechas se disparaban sueltas.

Otra de las armas favoritas era la honda, que la manejaban con admirable destreza, y con ella arrojaban piedras durísimas, cuyo golpe muchas veces era mortal.

Sin embargo, nada era mas temible que la denominada espada por los españoles, y que los mejicanos llamaban *macahuítl*. Venia á ser un recio baston de vara y tercia de largo y cuatro dedos de ancho, que lo llevaban atado al brazo con una cuerda, con el fin de que no se escapase de la mano al estar combatiendo. Por una y otra parte del baston se veian adheridos á él trozos agudísimos y cortantes de piedra *itzli*, pegados de una manera inseparable por una goma resinosa llamada laca. Nada habia que resistiese al golpe primero del *macahuítl*, cuyos afilados pedernales separaban instantáneamente del cuerpo el brazo, pierna ó cuello en que daba. La potencia del filo de esa arma la conocieron los soldados de Hernán Cortés, que vieron cortar alguna vez con ella, de un solo tajo, la cabeza de un caballo en el combate. Pero evitado el pri-

mer golpe, parándolo con destreza, el arma valia ya muy poco, pues embotado el filo de los pedernales, solo podia causar ya los efectos de un simple baston.

Usaban tambien mucho en los combates, las lanzas y la *maza*. Aquellas tenian la punta, no de hierro, porque era desconocido entre ellos, sino de cobre diestramente trabajado ó de cortante pedernal. La segunda era semejante á la clava antigua, pues engrosando desde la empuñadura, remataba en abultada cabeza llena de cortantes puntas de *itzli* y de cobre.

En ninguna de las naciones de Anáhuac se hizo jamás uso de las flechas envenenadas, pues siendo su afan hacer prisioneros para sacrificarlos á sus dioses, no podian desear que los heridos que caian en su poder, dejasen de vivir, privándose así de verter su sangre en los altares de sus divinidades.

Todos los soldados iban generalmente armados de arco, flechas, honda, espada y dardo.

Los ejércitos estaban fraccionados en cuerpos de ocho mil hombres, y cada cuerpo en compañías de trescientos soldados, cada una con sus jefes respectivos. Todos los cuerpos y compañías tenian sus estandartes y divisas particulares; pero habia uno, que era el principal, perteneciente á todo el ejército, donde se ostentaban las insignias y las armas del Estado, hechas de oro, de plata ó de plumas. Este estandarte nacional, que tenia alguna semejanza con el *signum* de los romanos, le tocaba conducirle al general en jefe, ó bien á otro personaje de alta graduación en el ejército. El asta iba atada á la espalda del personaje que lo llevaba. De esta manera le era impo-

sible al enemigo apoderarse del estandarte sin hacer primero pedazos al jefe que lo tenia. La bandera de los mejicanos llevaba por insignia una águila en actitud de lanzarse sobre un tigre, y siempre la colocaban en el centro del ejército durante la batalla.

En los combates, mas gloria adquiria el soldado por el número de prisioneros que hacia, que por el de enemigos que mataba. Lo primero era visto como un bien para el Estado y para la religion, puesto que proporcionaba esclavos al primero y víctimas á los dioses; mientras lo segundo solo daba por resultado la muerte de algunos enemigos. Por eso en la guerra era castigado con la pena de muerte, el que le quitaba á otro su prisionero ó le ponía en libertad.

Lo temible cuando se rompian las hostilidades entre dos naciones, era la toma de una plaza por asalto. El incendio, la destrucción y el exterminio, sin excepcion de edades ni de sexo, sucedian al triunfo. Por eso la primera precaucion de los sitiados era poner en seguro á sus mujeres, á sus hijos y á los ancianos, enviándoles á los montes hasta ver el término del asedio.

La táctica que tenian, aunque estaba muy lejos de merecer el nombre de ciencia, era sin embargo suficiente para aquellas naciones, cuyo ejercicio ordinario puede decirse que era la guerra. Nunca acometian sino cuando la señal del combate habia sido dada por el sonido de un tamboril que llevaba á la espalda el general ó el rey ó por los instrumentos bélicos. El soldado que atacaba á sus contrarios antes de darse esa señal, pagaba con la vida su falta.

Dado el toque de guerra, avanzaban entonando himnos guerreros y lanzando gritos espantosos, simulando dirigirse á un punto para cargar vigorosamente á otro: ora atacando con indecible furia, ora retirándose cautelosamente; ya emprendiendo la fuga determinados cuerpos para atraer á los enemigos á una emboscada; ya avanzando una parte del ejército por el centro mientras el resto flanqueaba las posiciones contrarias. No era una batalla sin plan ni combinacion, sino hecha con el mayor orden y observando una disciplina rigurosa. El historiador anónimo que presencié las acciones de guerra al verificar Hernan Cortés la conquista de aquellos países, dice «que era un hermoso espectáculo verles marchar al ataque moviéndose todos alegremente y en admirable orden.

La ordenanza señalaba castigos muy severos por la falta mas leve. La desobediencia á las órdenes de los jefes; el robarle á otro el botin ó el prisionero hecho en campaña y el abandonar sus banderas, se pagaban con la muerte.

En la ejecucion de las penas impuestas por la ordenanza á los transgresores, eran inflexibles los monarcas, cualquiera que fuese la categoría del transgresor. Uno de los últimos soberanos de Texcoco hizo que se aplicase la pena de muerte á dos de sus hijos, despues de haberles curado de las heridas recibidas en el combate, por haberse apropiado los prisioneros de otro (1).

A fin de inflamar el espíritu guerrero, el ejército tenia su música militar. Los instrumentos, mas á propósito para

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. chich.* M. S.